

Recuerdos 2014

La Semana Santa vista a través de

Asociación
La horqueta
León

www.horqueta.net

Índice

Prólogo	página 2
Viernes de Dolores Recuerdos de Gonzalo Márquez García	página 3
Sábado de Pasión Recuerdos de Marta Franco López	página 10
Domingo de Ramos Recuerdos de Susana Peña Valle	página 13
Lunes Santo Recuerdos de Javier García Argüello	página 16
Martes Santo Recuerdos de Xuasús González	página 22
Miércoles Santo Recuerdos de Jorge Revenga	página 26
Jueves Santo Recuerdos de Agustín Nogal Villanueva	página 29
Viernes Santo Recuerdos de Luis Arteaga Castro	página 36
Sábado Santo Recuerdos de Emilio Campomanes	página 45
Domingo de Resurrección Recuerdos de Manuel T. González Medina	página 47

Fotografías: Víctor Manuel Arteaga Tejerina, Javier Fernández Zardón, Xuasús González, Gonzalo Márquez García, Agustín Nogal Villanueva, Jorge Revenga y Luis Reyero.

Prólogo

Tarda en llegar pero, al final, las campanas de la iglesia del Mercado vuelven a repicar... Es un nuevo Viernes de Dolores y la *Morenica*, como cada año, anunciará a todo León que comienza otra Semana Santa.

La espera ha sido larga, sí. Y, ahora, en apenas un suspiro, se nos habrá escapado de entre las manos... Un montón de imágenes y un sinfín de emociones se hacen un hueco en nuestra memoria, agarrándose a ella tan firmemente como pueden.

Y, para que no se olviden nunca, La Horqueta vuelve un año más con ese enfoque tan particular de la Semana Santa, en este caso, de la mano –por orden cronológico entre el Viernes de Dolores y el Domingo de Resurrección– de Gonzalo Márquez García, Marta Franco López, Susana Peña Valle, Javier García Argüello, Xuasús González, Jorge Revenga, Agustín Nogal Villanueva, Luis Arteaga Castro, Emilio Campomanes y Manuel T. González Medina.

Son los *Recuerdos 2014*, la Semana Santa vista a través de La Horqueta. Un capítulo más en la historia de nuestra celebración más grande.



Viernes de Dolores

Recuerdos de Gonzalo Márquez García

Viernes de Dolores, 11 de abril y las cosas de León



Un Viernes de Dolores en León no sería igual sin la perspectiva de la procesión de Santa María del Camino la Antigua, tras el novenario de los Dolores de Nuestra Señora.

Lo cierto es que, ya la noche anterior comienza el ritual de pasarse muy tarde por la iglesia ro-

mánica de la calle Herreros, cuando la Virgen del Mercado ya es situada en sus humildes andas.

Al poco de entrar la madrugada del viernes 11 de abril, engalané mi balcón con la tela burdeos que desde hace años cumple esa función, siendo el último año, puesto que al año siguiente mi previsión era la de estrenar uno nuevo.

La mañana de aquel Viernes de Dolores me llevó a Santa Nonia, a recopilar algunos datos sobre donaciones que tendrían lugar en la Junta General Ordinaria de la cofradía del Dulce Nombre de Jesús Nazareno y a observar la restauración de la imagen de San Juan, algo extraña en apariencia, por otro lado, pero desconocía los detalles. Mientras tanto, alguien explicaba a un grupo de niños cosas de la Semana Santa de León y de las cofradías, y me sorprendió la información tan antigua y desfasada que les proporcionaba; ya sé que son cosas de León, y que las inexactitudes, cuanto más las repitas, más verdad se vuelven. Satisfechas mis necesidades informativas, gracias a Juan Carlos y a Emilio, y con cámara en mano, volví hacia la iglesia del Mercado, pero esta vez no me detuve, ya que buscaba otro lugar, la iglesia del convento de las Benedictinas de Santa María de Carbajal, donde no sabía que me esperaba una sorpresa.

Ya en el convento, comencé por fotografiar al Señor en la Cruz de la cofradía de la Redención en ese huequecito de escalera donde, desde la calle y a través de una ventanita con barrotes se le puede ver.



Foto: G. Márquez. <http://seiseleon.blogspot.com.es/>

En la iglesia de las Carbajalas tenía la intención de sacar unas fotos al paso del Santo Sepulcro de la cofradía de la Vera Cruz de León que allí se custodia, a los pies de la iglesia monacal; sin embargo, apareció una monjita que se topó conmigo y excusándose con un "perdone que le moleste" se dio media vuelta para volver por las mismas escaleras de donde salió. Con celeridad le contesté que no me molestaba, que solo hacía unas fotos y que en todo caso era yo quien incordiaba, y que esa era su casa, no la mía. La hermana volvió y me preguntó si me incomodaría que tocase el órgano. Evidentemente, no solo no me molestaba, sino que me agradaría que lo hiciese.

Allí, en la capillita, sonaban piezas clásicas interpretadas con la paz que aquella monjita transmitía, las notas musicales se elevaban al cielo a través de la techumbre de la iglesia, y me tomé mi tiempo para sentarme y disfrutar de un concierto privado e inesperado mientras mi vista recorría la cuidada capilla, su retablo mayor y el lienzo de la Piedad.



Blog "El SEISE" <http://seiseleon.blogspot.com.es/>

Sin detenerme en el tiempo que pasó, comencé a hacer mis fotos, con el sosiego de una música celestial que aliviaba un alma comprimida por la injusta justicia de los

hombres, por su torpeza al no tomar medidas para proteger a una pequeña de una madre cruel y despiadada cuya maldad resulta incomprensible para cualquier persona que se precie de serlo, y por quien mi familia continuaba en lucha por proteger.

Casi con pena, y en sigilo, dirigí mis pasos hacia la puerta a los pies de la capilla, no sin antes despedirme de la hermana organista y



agradecerle que me permitiese haberme quedado. Ella, simplemente, me sonrió y asintió mientras sus manos se desplazaban por un teclado que infundía paz.

Ahora, no quedaban más opciones que visitar a la Señora de la Plaza del Grano, ya con su manto puesto y a punto de comenzar su adorno floral por

los hermanos Labanda Urbano, que por muchos años se dedican a realizar esta labor tan artística y de buen gusto.

Saludos a conocidos cofrades y una limonada en el bar La Taberna, fue el aperitivo para iniciar la comida en casa de mi madre.

A la iglesia vamos poco, pero el Viernes de Dolores debe ser el día en que más se entra en la iglesia del Mercado, y no específicamente a misa, sino a mirar, la mayoría, algunos a rezar, otros a fotografiar, y algunos a hacer un poco de todo, y así la iglesia se iba llenando para el último día de la novena.

Volví a sacar mi cámara, y dejé constancia de aquello en lo que mi mirada se detuvo, unas rosas, una de ellas sobresaliendo hasta casi llegar a tocarse con la mano del Señor.

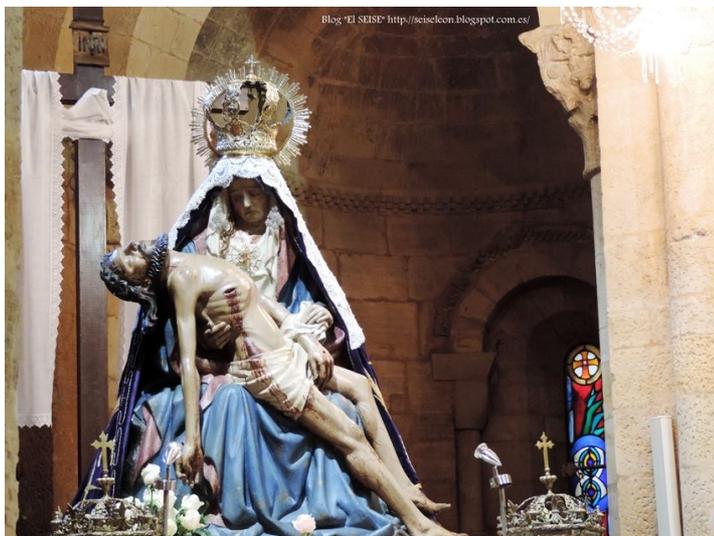


Era momento de retirarse, arreglarse un poco y volver a una calle cada vez más transitada. Había comenzado el último día de culto a la Virgen en su Dolor y el mundo cofrade ya se concentraba en las calles alrededor de la iglesia de Santa María del Camino.

Llegan las bandas, la de cornetas y tambores de la Vera Cruz y la de música de Jesús Nazareno. El gentío se agolpa ya en la calle Herreros, con un beneficio, el solar que ha dejado una casa derruida,

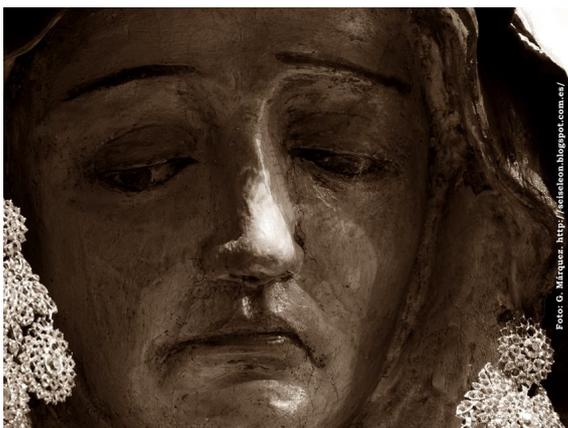
y que en su confluencia con Hospicio y Escorial, iba a mejorar los agobios y la *bullita* que se suele formar en este enclave antes de que salga la Virgen.

Es curioso ver tanta gente este día, y me llama la atención como todo el mundo habla de la Señora como si fuese algo propio: "mi Virgen", "mi Morenica", y nadie forma parte de una cofradía que a la Señora del Camino la Antigua tenga por devoción titular. Estas son cosas de León.



Y, como siempre, entre la desorganización de la multitud, Ella siempre se impone. Siempre llora al salir y nadie se fija cual es el porqué de su llanto. Nadie ve que lleva a su hijo muerto. El Señor del Mercado es el Cristo maldito de León, el Rey olvidado ante el dolor que muestra su Madre, la que con desdén ignora las miradas de la gente, y ella solo mira el cuerpo retorcido muerto de su Hijo. Baja por su calle Herreros, hace su giro a la izquierda hacia la calle Escorial y se pierde lentamente hacia la Plaza del Grano.

Flashes, móviles, réflex, compactas, *superzoom...*, se hacen con un protagonismo mayor cuando el paso de la Señora y el Señor se disponen a su obligada visita a la capilla conventual de las Madres Benedictinas. Oración hecha canto celestial es el regalo que las monjitas de las Carbajalas le regalan a la Madre del barrio del Mercado.



disponen a su obligada visita a la capilla conventual de las Madres Benedictinas. Oración hecha canto celestial es el regalo que las monjitas de las Carbajalas le regalan a la Madre del barrio del Mercado.

Me voy entre el gentío. Más saludos de amigos y conocidos, charlas paponiles, preguntas sobre si este año me quedo en

León, respuestas idénticas al año anterior, "en cuanto la Virgen llegue a su casa, hago la maleta y me voy, al alba, a Sevilla con mi familia".

La vi por calle Ancha, y por Conde de Rebolledo busqué la calle la Rúa y la barra cofrade de mis amigos Vicente y Mila que, con sus hijos, María, Vicente y Ángel, comenzaban la semana del no dar abasto.

Es curioso como algunos, no sé si llamar cofrades, estiran el pescuezo como garzas en Semana Santa mientras llenan una calleja de voces, botellines de cerveza o vasos vacíos de cristal, haciendo alarde de conocimientos musicales y destrezas que fuera de virtud, terminan siendo condena por la actitud. No sé si estos conocen una primera lección en cuanto a Semana Santa se refiere, saber estar para ver una procesión, incluso antes que esta llegue al punto donde devotos y público la aguardan.



En una buena noche con un bar abarrotado, todos tendemos a salir y tomarnos la refrescante y energética limonada de Semana Santa, en una calle, y a veces muy estrecha. La convivencia y la educación no están reñidas con tocar en una banda con más o menos renombre o más o menos buen hacer. Cuando una persona de este perfil, bloquea el acceso y salida de un bar, ya no corporalmente, sino con el alarde de "mira donde estoy y de aquí no me muevo", resulta difícil hacerse



paso, aun repitiendo dos veces un "disculpa, me permites pasar"..., y lo que menos espera o se espera entre gentes pertenecientes a cofradías es un "cagüen dios, no se puede pasar por aquí" a lo que la respuesta de "luego salimos tocando la corneta detrás de un paso" tampoco fue la contestación que un energúmeno de mayor envergadura y altura, pudiera

esperarse del común, ya que los que se creen ídolos en su círculo, piensan que lo tienen que ser para el resto de los mortales. Y yo, desde luego, pienso que gentes con comportamientos así, sobran en

la Semana Santa en general, vistan lo que vistan y vayan del color que vayan. Son cosas de León.

Se acercaba ya eso que es lo que menos se parece a una procesión; parecía que la gente había desaparecido o se había perdido por la fuente de Santo Domingo. En realidad, todo ello, constituía la situación usual en la salida en procesión de la Virgen del Mercado el Viernes de Dolores, una banda descolgada por delante, devotas perdidas en medio de la nada, otra banda en medio la calle a su aire y sin tocar tras el paso, representaciones y, entre ellas, la junta de seises de la cofradía de Nuestra Señora de las Angustias y Soledad, a la que le han quitado en privilegio en virtud de no sabemos qué, de ir delante de la Señora de los Herreros, en beneficio de un grupo nutrido de manolas.

No entiendo yo como a una institución como la cofradía de las Angustias, con más de 400 años y con la obligación en su regla por asistir a la procesión de la Dolorosa del Mercado, se la margina de su puesto y dispensa en la procesión, por la moda de la incorporación de manolas, tomando más protagonismo el lucimiento femenino de la mantilla frente al protocolo y privilegios de la cofradía de las Angustias. Simplemente son cosas de León.



Ella siempre llega humilde, ausente, y siempre sumida en su pena, como si no le importase nada de lo que sucediera a su alrededor, sin importarle la ausencia de honores en su honra, sin importarle los pocos detalles que como Reina recibe. Se ha acostumbrado a la dejadez y desidia de sus leoneses, a no tener el consuelo de

su pena con el acompañamiento de música tras de ella, a saber que después de las últimas dos calles por recorrer, la Rúa, y Herreros, volverá a su casa hasta que la primera luna llena de primavera, del año siguiente, despierte el interés de los hombres de León por Ella.

Y aquel Viernes Santo, cuando llega, pasa como siempre, como una leve brisa perfumada del aroma de su santidad, y del frescor de las flores que atenúan los sentimientos de abandono cuando alguien se

nos va. Y es que ese Cristo muerto ya no está entre nosotros; antes de empezar la Semana Santa, León ya sabe que Él no estará por algunas horas, aunque el Señor del Mercado nunca esté, nunca en Él se fijan nuestros ojos, nunca tenga poemas de gloria, nunca tome la rosa que se eleva hacia su mano.

Y mientras pasa, en aquel Viernes de Dolores del año 2014, un sonido grave y que no es el de Semana Santa, llama la atención a todos. Entre la calle La Rúa y Conde Rebolledo se detiene el paso, un cable del que nadie se percató frenó la cruz tras la Señora, y tanto



fue que la rompió. Los braceros respondieron bajando el paso, y después desmontando la cruz, llevándosela directamente a la iglesia.

Lo cierto es que mi memoria personal no conocía nada igual, y eso no quiere decir que no pueda suceder, pero no fijarse nadie en llevarse un cable por delante con la cruz de un paso, que como resultado final fue que el

cable se llevó la cruz, resulta cuando menos un toque de atención, uno más, de preguntarnos a qué es a lo que vamos a una procesión leonesa. Son las cosas de León.

Se alejó, y siempre queda el alma triste, a pesar de tenerla muy cerca todo el año. Pero no es lo mismo verla salir rodeada de gente que se agolpa para observarla pasar, que percibir su abandono popular el resto del año.

Corría el tiempo, se adentraba la madrugada, dejaba de ser Viernes de Dolores y una gran maleta comenzaba a llenarse de ropa, con una chaqueta para el Domingo de Ramos, y trajes para el Jueves y Viernes Santo. León y su Semana Santa ya eran pasado, y Sevilla y sus fuertes convicciones cofrades, sus estrictas reglas, su saber, su categoría en la creencia, donde no se presume ni alardea de títulos de Interés Turístico Internacional, el lugar donde el mejor arte de los hombres se pone al servicio de la honra de Dios y de su Madre, volvían a ser el horizonte que con mi familia compartiríamos hasta que el Señor resucitase bajo el cielo de la ciudad de María.

Sábado de Pasión

Recuerdos de Marta Franco López



No descubro América en un vaso de agua diciendo que la Semana Santa va mucho más allá de las procesiones y de los pasos, incluso más allá de la música para aquellos que hemos elegido la opción de vivir con un instrumento a cuestas. Además de la liturgia que se desgrana lentamente durante las Vísperas en cualquier casa paponá, cosien-

do botones, quitando hilvanes y colgando túnicas de las puertas, está la magia que rodea a la vuelta a casa, a la familia esperando y al cansancio compartido.

Como el destino es caprichoso y nunca desvela antes de tiempo sus planes, decides exprimir cada gota de la Semana Santa a sabiendas de que tendrás que cargar varias veces al día la maltrecha batería de tu teléfono móvil. Porque este año sí puedes estar los diez días en León y disfrutar de todo, así que después de la comida familiar para celebrar un cumpleaños, empezamos con las carreras para ver todo lo que se pudiera y compartirlo con los que no pueden hacerlo.

Además, el lado bueno de la Semana Santa es que no conoce la soledad entre paponés. Todos tenemos un grupo, más o menos amplio, con más o menos cercanía con el que



compartir atajos, rincones y momentos. En este caso, este Sábado de Dolores, tocaba volver a hacerlo con una papona con la que he compartido muchos momentos dentro de una procesión pero muy pocos fuera de ella: mi hermana.



Así que, móvil en mano, bajamos a ver la procesión del Sacramentado en un lugar muy nuevo para mí: San Marcelo con calle Teatro. Desde luego, queda anotado en la lista de puntos para no perdérsela de ahora en adelante. La calle Teatro aún a recogimiento con espectacularidad, ese momento en que doy un salto en el tiempo y vuelvo a mi primera puja, con otra túnica y otro día, cuando la rampa era de madera y no terminaba de encajar en la escalera. Sé que no hace tantos años de ello, pero la pátina de la memoria termina por hacer de las suyas... Ahora, a lo bonito de ese instante, hay que sumarle la bajada entre Botines y la plaza de las Palomas, que regala instantáneas de las que escasean, como la panorámica paso y banda.



Desde el estrado que regala el lateral de la plaza fui consciente de algo que, por habitual, ya no sorprende: la tecnología y la Semana Santa. Se contaban por decenas los móviles y las cámaras que buscaban guardar ese tramo de procesión, los que grababan esta o aquella marcha y los que iban retrans-

mitiendo, como en otras latitudes, la procesión en directo. A ello se le suma la innovación de la agrupación de Jesús para sus partituras, con dispositivos que facilitan en gran medida el trabajo. Qué menos que sentir orgullo de los pasos hacia delante de esta, a veces, anquilosada tradición.

Poco después, tras los preceptivos reencuentros y limonadas, nos encaminamos hacia San Claudio para ver la salida de un Via Crucis que contrasta con la imagen vivida apenas un rato antes. A la música

de las tres bandas de Jesús de la Esperanza se le contrapone la intimidad de un trío de capilla que rompe solo a ratos el silencio imperante. A la cantidad de gente que se agolpaba en la calle, incrédula por el buen tiempo que hacía, un par de filas de parroquianos y papones arrojando la salida del crucificado. Y los móviles y cámaras habían sufrido bajas en sus filas: bien por la escasez de energía o bien por la coherencia con un momento tan bonito que no se quiere romper con el brillo de una pantalla.



Ahora ya, con la Bienaventuranza callejando por su barrio, a una servidora le toca preparar mochila y bocadillos para empezar la procesión paralela, la que viaja en

autobús por media España para poner música a esas otras formas de ver la Pasión.

Queda pendiente para el año que viene ver también la procesión de Hermandad de Jesús Divino Obrero y el Nazareno de La Bañeza –que en 2014 se celebra en esta localidad–, pero esa, como otras, será la historia de una Semana Santa diferente... Ahora, con esta apenas esbozada, vamos a ir dando forma a nuestros Recuerdos de 2014 y descontando los días para que llegue la de 2015.

Domingo de Ramos

Recuerdos de Susana Peña Valle

De principio a fin



No recuerdo un Domingo de Ramos así. Hasta donde llega mi mente, ni tan intenso ni con tanta carga simbólica y sentimental. Con resaca procesional de la primera salida en La Bañeza junto a la cofradía nazarena hermana, con cansancio y satisfacción porque entramos de lleno en una nueva Semana Santa: con ese sentimiento, iniciamos otro Domingo de Ramos. Y eso que comenzó temprano, como comienzan todos los Domingos de Ramos en el barrio de El Ejido, para disponer todo lo necesario y que pequeños y mayores agiten sus ramos y sus palmas en la procesión que organiza la parroquia. Procesión y misa, abrazos y reen-

cuentros, reencuentros que comienzan el Viernes de Dolores y duran diez días.

Jesús entraba triunfal en Jerusalén y el sol nos permitía disfrutar de un día de fiesta en León. Como nunca. De esos días que anhelamos los papones en cuanto se acerca la Cuaresma y ya rogamos al Glorioso que, como si de un plumazo se tratara, apartara todas las nubes que nos impidieran ver el sol y buscar un nimio reducto de alivio, de paz, de gloria, en una semana



que va de más a menos, del repicar de las campanas al luto, al negro de las tinieblas. Hasta que amanecemos un Domingo de Resurrección, claro está...

De una Procesión de las Palmas a otra Procesión de las Palmas. De Jesús Divino Obrero a la Catedral. Se oían ya los sones de Las Siete Palabras en la subida por esa escalerilla de la Plaza Mayor con más historia que gracia. La Borriquilla llegaba a la plaza de Regla casi al mismo tiempo que asomábamos la cabeza entre la multitud y los globos, acostumbrados ya estamos los leoneses a que sean ellos los que cierren todas y cada una de las procesiones de esta ciudad nuestra... o no. Reencuentros, más reencuentros, saludos y juegos con los pequeños en la plaza de Regla mientras el bullicio comienza a dispersarse, las flores comienzan a repartirse y el paso abandona el lugar camino ya del Domingo de Ramos de 2015.



brazos que se levantan para saludar y los mismos interrogantes año a año: "Y este que me dice 'hola', ¿quién será?".

La mañana tocaba a su fin, pero la tarde se deja entrever un tanto o más afanada. Primera parada: Procesión del Cristo del Gran Poder en Los Cubos, a la salida, cuando la procesión comienza a tomar forma y braceros y pones inician su Semana aún con el ánimo y la fuerza intactos. Y se repite el mismo patrón: gestos, miradas,

De Los Cubos a la plaza del Grano. El gentío ya esperaba la salida de La Redención por la puerta de las Carbajalas. Más reencuentros, sobre todo con esa pequeña papona que me tiene cautivado el corazón. Aunque quizá no lo sabía, tampoco era un Domingo de Ramos más para ella. Muchos de los que allí estábamos lo hacíamos para arropar al que consideramos hermano, para mostrarle nuestro cariño, nuestro apoyo y nuestra gratitud, envueltos, eso sí, en una honda tristeza que asomaba como pocas veces a nuestra mirada.

Aguardábamos al inicio de la procesión, pero también a la llegada del Dainos. No importa que pasen los años: todos y cada uno de sus actos me siguen estremeciendo. Poco después, con paso firme y decidido, el secretario de la Redención acudía a la llamada a los hermanos. Oí los tres golpes en el portón del monasterio benedictino a escasos dos metros de mí. Pero los sentí como si fueran contra mis costillas. No fue una Semana Santa fácil...



Y así, con otra procesión en la calle y tras ser testigo, un año más, del aluvión de los flashes fotográficos a la salida de la Divina Gracia o del Cristo de la Redención, vuelvo a la ruta. De la plaza del Grano a la iglesia de Santa Nonia, al Encuentro de la Santísima Virgen con su Hijo en la calle de la Amargura;

un momento más de esos que se coleccionan después en la mente y en el corazón, acompañada de otro paponín de esos que nacen ya con túnica y capillo.

Últimos compases de un Domingo de Ramos lleno de reencuentros hasta el final, hasta que la procesión de Nuestro Señor Jesús de la Redención atravesó la plaza del Grano y se recogió en el monasterio benedictino. Ahí esperaba un abrazo amigo que había tardado casi un año en llegar, pero que sentí como el primer día. Fue la mejor forma de finalizar una jornada que se acercó a las 15 horas: con ese tipo de amistad que es para toda la vida.

Lunes Santo

Recuerdos de Javier García Argüello

Después de un fin de semana de frenética actividad, tanto disfrutando de los desfiles procesionales ajenos como a comenzar a preparar los propios, con traslados de tronos, imágenes y otros actos relacionados con el Domingo de Ramos, llegar al Lunes Santo sin cansancio es casi una tarea utópica. Y encima pienso, "pues no me queda nada...".

Puesto que los actos de Semana Santa que organizo dentro de mi Cofradía del Desenclavo, no son hasta unos días más tarde, lo más importante para mí en esta tarde-noche es relajarme y, desde luego,



disfrutar de todo lo que acontece en las calles de nuestra ciudad, máxime cuando este año el tiempo es excelente y, desde luego, invita a pasear y contemplar las procesiones.

La primera parada, en el entorno de la iglesia de Santa Nonia, en el jardín de San Francisco. Casi no se puede ni andar de la cantidad de gente que hay.

Poco a poco los pasos van saliendo a la calle e innumerables filas de hermanos y hermanas vestidas de negro van dando forma al primer desfile del día, la Procesión de la Pasión.

Nuestra Señora de las Angustias camina lentamente hacia embocar la calle de San Francisco. Ciertamente es en este punto uno de ellos en donde me gusta ver los cortejos que salen de Santa Nonia, para ir contemplando como las imágenes entran en las angostas callejuelas del viejo León.

Ya casi ha quedado borrado en el tiempo cuando el Lunes Santo, únicamente tenía una procesión: la innumerable Procesión del Pregón en donde participaban todas las cofradías y hermandades de la ciudad de León, y donde en la década de los años 90 surgieron numerosas divergencias entre ellas y se gestó aquel cisma cofrade de 1993, de tan infaustos acontecimientos y que muy poca gente se atreve hoy en día a comentar en público.

Recogidas las cenizas de aquella vieja procesión, las tres penitenciales más antiguas de la ciudad recompusieron una nueva que ha llegado a la actualidad, y donde sus pasos más emblemáticos son los protagonistas.

Había bajado con mi amigo Iván, y donde la gasolinera había quedado con mi hermano y su novia, que por primera vez estaba viendo la Semana Santa de León desde los primeros días, pues ella es sevillana y



aunque ha estado en nuestra ciudad en los últimos años, ha tenido muy mala suerte y el tiempo no le ha permitido ver apenas nada.

Yo quería echar a andar para ver la procesión en otro lugar, pero Iván quería ver a su sobrinito Darío, de 6 años, que salía en ella; así que, después de dar varios recorridos de un lado a otro conseguimos reconocerle por sus zapatos, y no porque él diera ni el más mínimo detalle de quien era. Iba en una procesión, y como le habían dicho que no se debía destapar, obedeció ciegamente.

Con tranquilidad absoluta comencé mi periplo para no perderme ni uno solo de los actos previstos en la tarde noche del Lunes Santo.

Varias filas de espectadores delimitaban el recorrido, y como no acostumbro a cruzar por el medio de los cortejos, decidí adentrarme por la calle del Hospicio para intentar llegar a la Plaza Mayor y poder ver allí otro trozo de la Procesión de la Pasión.

Después de aguantar el griterío y el bullicio de la gente, deambular por el barrio del Mercado fue todo un descanso, y llegar hasta la

Plaza del Grano para contemplar el imponente Vía Crucis de la Cofradía de la Redención, que yo hacía bastantes años que no había visto.

Las 14 estaciones circunvalaban el centro de la plaza, alrededor de la fuente, y un pequeño grupo de personas acompañaban al predicador y al Cristo titular de la Cofradía portado a hombros en cada una de ellas.



Como la noche incitaba al paseo y a estar en la calle, numeroso público se encontraba en la plaza, pero no contemplando el acto religioso sino ocupando las terrazas de los bares o bebiendo de pie. De espaldas a lo que acontecía en su entorno más inmediato.

Nos habíamos entretenido demasiado en la Plaza del Grano, por lo que yo decidí desistir de llegar a la plaza Mayor, el punto donde quería llegar y donde durante muchísimos años vi aquella procesión del Pregón y después la de la Pasión, ya que mi familia tenía una tienda allí y, por lo tanto, pasaba la Semana Santa en esa zona. Me hubiera gustado un montón recordar aquellos años en donde yo me juntaba con los chavales del entorno de la plaza, junto a mi primo Alberto, y nos íbamos a ver las procesiones por el barrio de San Martín.



Por todo ello, acertamos por la calle de la Rúa hasta la plaza de San Marcelo. Quería ver la Procesión del Rosario de Pasión antes de llegar a la plaza de la Catedral.

Al llegar donde la Diputación, el principio de la Procesión de la Pasión ya estaba allí. Mejor dicho el primer paso. ¡Pero si acababa de dejar el final donde las Concepcionistas!

Subimos por la calle Ancha y fuimos viendo poco a poco el desarrollo de la procesión, con las interminables filas de papones negros que a ambos lados de la calle delimitaban el espacio "sagrado" del espacio "lúdico" del público que la abarrotaba.

Según íbamos acercándonos a la Catedral, volvimos a ver al pequeño Darío que seguía formando en la procesión. Muy serio él, intentamos saludarle, pero apenas quiso subir el capillo y sonrió.

Yo apunté la posibilidad de adentrarnos en el castizo barrio de Santa Marina la Real para buscar el Rosario de Pasión, que la Hermandad de Santa Marta y la Sagrada Cena organiza en la noche del Lunes Santo, pero no sin antes ver el paso de la Piedad de Carmona, y desde luego al impresionante Nazareno que lentamente bajaba la calle, camino de Santa Nonia.

La calle de San Pelayo fue la siguiente estación para ver la Procesión del Rosario.



Fue como pasar del día a la noche de repente. Por suerte, la silenciosa calle fue todo un descanso para nuestros oídos después de soportar los griteríos y el bullicio descontrolados del público que llenaba el recorrido de la Procesión de la Pasión.

Aquí apenas había gente esperando la procesión. Allí estábamos únicamente los que de verdad queremos ver todos los cortejos de la Semana Santa, alejados del folclore y la diversión. De ver una procesión como quien va a al cine o al teatro.

En las calles de Santa Marina se palpa la devoción, el recogimiento y, desde luego, el itinerario elegido por la hermandad para rezar los misterios del rosario, es el más indicado.

Aquí se evocan tiempos antiguos. Aquellos que vemos en las fotos en blanco y negro. Con pasos pequeños e imágenes de pequeño porte, algunas de ellas del arte popular, traídas desde varias localidades de la provincia de León. Año tras año, el paso que más me impacta es el

de la Oración del Huerto, pues me recuerda totalmente a las fotos en blanco y negro que he visto de aquella Oración que salía en la Procesión de los Pasos del Viernes Santo de principios del siglo XX y, desde luego, es un viaje al pasado.



El acompañamiento musical es de matrícula de honor, pues la Agrupación de Santa Marta y la Sagrada Cena sabe estar en cada momento y adecúa su repertorio según las circunstancias. En este caso sin estridencias. El entorno no lo permite.

Al concluir la procesión, los cuatro fuimos siguiéndola hasta la plaza de Regla, donde rezamos otro misterio ante la magna Catedral y, de allí, por las Calles de la Paloma, Cardiles, Platerías y Plegarias, hasta el corazón del barrio de San Martín para buscar el último cortejo procesional del día: la Solemne Adoración de las Llagas de Cristo.

Nuestro punto de encuentro con la procesión: la Plaza de las Concepciones. Allí habríamos de esperar un rato hasta que vimos el cortejo por la calle Herreros, en pleno barrio del Mercado.

La imagen del Santísimo Cristo Esperanza de la Vida era portado en una pequeña parrilla por varios hermanos y hermanas de la Cofradía del Santo Sepulcro-Esperanza de la Vida que se iban turnando en cada una de las paradas que se habían realizado para el rezo ante las sagradas llagas de Cristo.

De todo, desde luego, lo más impactante es el acompañamiento de los integrantes del Grupo San Pedro del Castro que, vestidos de luto al estilo leonés, parecen espectros en la noche caminando por las calles solitarias de la vieja ciudad.

Al igual que la otra procesión y el Vía Crucis ya comentado anteriormente, pocos éramos los observadores de estos actos de Semana Santa, de auténtica religiosidad popular y que desde luego sí que pueden mover a devoción. Como siempre he pensado, estamos los que debemos estar y, desde luego, los que queremos. Los incondicionales de siempre que, llueva o nieve, haga frío o calor, nunca fallamos.



El auge que ha desarrollado en los últimos años nuestra Semana Santa, únicamente se ve patente en unos pocos actos mientras otros, por suerte, mantienen aún su esencia y el espíritu de recogimiento y religiosidad y, así, alejados del público, algunos podemos disfrutarlos al no estar alterados por los nuevos tiempos. Y esto es algo que definiendo también de la Procesión de las Tinieblas y el Santo Cristo de las Injurias, en la noche del Jueves Santo que, para mí, guarda un paralelismo con el Rosario de Pasión, tanto por el entorno como por la configuración de la procesión.

Eran cerca de las once y media cuando el Lunes Santo tocó a su fin y decidimos ir para casa. Yo madrugaba al día siguiente y, verdaderamente, estaba cansado, al igual que mis compañeros de ruta cofrade, puesto que no nos habíamos sentado ni un momento desde las 8 de la tarde.

El Martes volveríamos a salir y a empaparnos de ese aroma especial que la ciudad de León tiene en Semana Santa, que no se repite en ninguna otra época del año. El olor a recuerdos de antaño y a emociones.

Martes Santo

Recuerdos de Xuasús González

A carreras...

No serían todavía las nueve de la mañana del 15 de abril de 2014, cuando un dolor de garganta hizo las veces de despertador. Y eso que no hacía frío. Al contrario, el tiempo acompañaba, y la Semana Santa estaba siendo excelente.



Comenzaba mi Martes Santo pegado al ordenador, escribiendo mi aportación diaria de

Con olor a incienso, la columna que el periódico La Nueva Crónica me había confiado entre el Viernes de Dolores y el Domingo de Resurrección; una forma distinta de vivir la Semana Santa.

Nada más sentarme, un wasap hacía que me picara la curiosidad: "pon la tele". Redifusión de la Procesión de la Pasión, cuya salida de



Santa Nonia había retransmitido, invitado por Javier Cabañero, la tarde-noche anterior. Sin comentarios...

Ya a media mañana, visita obligada a lo preparativos de las cofradías del Perdón y de Angustias, que saldrían a la calle por la tarde. Primero la

ferroviaria, en una carpa próxima al asilo de las Hermanitas de la calle Corredera, de donde partiría la procesión.

Era este el segundo año que la cofradía no saldría del asilo –en 2013, aunque llovió, la idea era la misma–; una lástima por lo que suponía la relación –desde hacía décadas– entre la cofradía y las monjinas.

Y, de ahí, a Santa Nonia, en donde la gran novedad era la imagen de la Soledad de Angustias, cuya reciente restauración tanto había dado que hablar. Bueno, la imagen... y también los comentarios que circulaban sobre el 'golpazo' –llamémoslo así– que se había llevado un hombre en la procesión de la Pasión, que se había metido a provocar...



Hora de comer. Y como cada año, nos juntamos unos cuantos amigos. Y hablamos de Semana Santa, que da mucho de sí. Tanto que, al final, casi no llego a tiempo a la salida del Perdón.

Ir a carreras, de un lado a otro, sería ya en adelante la tónica habitual. Y eso que tan solo había dos procesiones –la del Perdón y la del Dolor de Nuestra Madre de Angustias– en la calle, al margen del Viacrucis leonés cantado de la cofradía de la Expiración y del Silencio, este en el interior de la iglesia de San Francisco.

A las siete menos cuarto, hora de salida prevista de la procesión del Perdón, estaba ya la cruz de guía en la calle Corredera. Aún llegaba



alguna banda en ordinaria, a la vez que el primero de los pasos, el de la Condena de Cristo, se iba colocando para iniciar su recorrido.

Tras ella se situaban el Cristo del Perdón y el Cristo de la Esperanza y, por último, la Madre de la Paz, que el 5 de abril ya había salido en procesión extraordinaria para celebrar su trigésimo aniversario.



Con la procesión ya organizada –Condena, Cristo del Perdón, Cristo de la Esperanza y Madre de la Paz–, nos dirigimos entonces a Santa Nonia, en donde estaban pasando lista los braceros.

Eran las siete y media, y a las ocho salía –con puntualidad británica– la co-

fradía a la calle, que estrenaba en procesión su nuevo guion, obra del bordador sevillano José Antonio Grande de León. Las tres imágenes marianas – Lágrimas, Angustias y Soledad–, precedidas por la Ronda de la cofradía, iban arropadas por muchos, muchos hermanos –en buena medida, niños– formando largas filas de papones.



Y, de ahí, de vuelta al Perdón. Eran casi las nueve de la noche, y todos los pasos estaban ya en la catedral. Entre los cánticos del Orfeón Leonés y tras las intervenciones –con traducción al inglés, por cierto– de José Carlos Alonso y Emilio Gutiérrez, abad del Perdón y alcalde de León respectivamente, la cofradía fue a buscar al preso –José Luis Flores Dávila, venezolano de 35 años de edad– al Seminario Mayor. Y, un año más, la penitencial del barrio de La Vega escenificaba ante el *Locus Apellationis* del primer templo leonés, el indulto del reo. Tras la intervención del obispo, Julián López, se ponía

el punto final al Acto del Perdón. El reloj marcaba las nueve y veinte.



Aproximadamente un cuarto de hora más tarde, llegaba a la iglesia de San Fran-

cisco, en donde la cofradía de la Expiación y del Silencio llevaba a cabo su Viacrucis leonés cantado. Pero ya había finalizado, y únicamente me dio tiempo a participar en el besapié al Crucificado que ponía el punto final a la celebración. Lástima.

Cerca de allí, en la calle San Francisco, coincidí con el fotógrafo cofrade –y mucho más– Ferchy, con quien pude compartir los últimos momentos de la procesión del Dolor de Nuestra Madre. Hasta la Ronda de la cofradía nos ‘dedicó’ un toque.



Una vez recogida la procesión en Santa Nonia, me encaminé entonces hacia la iglesia de San Francisco de la Vega, a donde llegué hacia las doce menos cuarto. La Condena ya había entrado, y a punto estaba de producirse el encuentro entre el Cristo del Perdón y la Madre de la Paz a las puertas del templo.



Y así fue. Y, a su término, los hermanos de la cofradía entraron en la iglesia para despedir el Martes Santo.

Pasaban cinco minutos de la medianoche. Y, exhausto, ponía el punto final a mis anotaciones.

Miércoles Santo

Recuerdos de Jorge Revenga

Miércoles de Vía Crucis



En los últimos años, la labor de reportero de procesiones parece que no me ha sido muy propicia. Y mira que lo siento...

Cámara en mano y en buena compañía, nos dirigimos hacia el barrio de la Altas Torres donde, en Santa Marina, la Procesión de la Agonía de Nuestro Señor estaba a punto de partir. Los presagios no eran buenos. Ya se sabe que este León es muy dado a motejar a sus gentes y atribuir

males o bienes (la dirección importa poco) a quien una o dos veces ha causado algunos de ellos. De tal modo que, cuando el respetable vio acudir a Fernando Salguero a presidir la procesión en representación de la Cofradía de Jesús, todos dijeron: va a llover. Desde 2011 lleva el apodo de "Hermano Aguacero". Y es que ese año –en que dirigió los destinos de Jesús– la procesión del Viernes se quedó en casa (por supuesto, la del Lunes también); en el siguiente –ya viceabad, pero con funciones de abad por el fallecimiento del hermano Carlos Rueda–, el Viernes Santo volvió a llover... y así, con tan claros *antecedentes penales* (permítansenos la paráfrasis) estaba claro que llovería aunque, hasta entonces –en los días anteriores– no hubiera caído ni una gota o apenas unas pocas.

Y así fue. Para que se engrandezca la *leyenda*. Apenas transcurridos unos metros desde



que la procesión saliera, comenzó a llover copiosamente, haciendo que el cortejo se diera la vuelta a carreras y que la Procesión de la Amargura y El Silencio se quedaran en casa.

De los hermanos de Minerva poco puedo decir salvo que solo los metros que separan la plaza de El Grano de El Begoña eran suficientes para que todos llegaran con la túnica hecha unos zorros. Eso sí: el bar, en pocos minutos, quedó atestado de hermanos desilusionados y, acaso por eso, más sedientos de lo habitual. Dimos fe y buena cuenta –junto con algunos de ellos– de unos huevos empimentados más de lo razonable, tan tradicionales en esas fechas. Y por supuesto, de limonada.

Mientras tanto y en los Capuchinos, los hermanos del Silencio, crucíferos con promesa incluidos, se empeñaban con la solemnidad que caracteriza el cortejo silente en celebrar de puertas adentro la procesión que nació de la mano del Padre Javier de Valladolid. Las matracas anunciaron el rezo del Credo de los Apóstoles, se cantó la



Salve a la Inmaculada de la plaza (por mucho que no hubieran podido acercarse a ella) y como colofón, sonó *Perdona a tu Pueblo* como mandan las reglas de la hermandad. En absoluto silencio discurrió todo el acto como no podía ser de otro modo. Y así, de principio a fin, pudimos imaginarnos el recorrido de toda la procesión. Eso sí, tras los muros del templo...

Y llego la hora de la cena. Con esto de que el fútbol últimamente es poco amigo de *respetar las vigillas*, esa noche, Madrid y Barcelona se jugaban no sé qué copa en no sé qué estadio (como

se ve, soy buen aficionado). Por esa razón hubo que conjugar intereses y buscar un sitio en el que los acérrimos futboleros pudieran disfrutar del espectáculo televisivo mientras quienes al fútbol no le prestamos la más mínima atención, hablábamos de procesiones, de marchas y de anécdotas paponiles mientras tomábamos el pelo a los

primeros con cada gol y *uyyyyyyyys* y *ayyyyyyysss* que se escuchaban. No diré dónde (porque, al fin y al cabo, no he llegado a un acuerdo de patrocinio), pero cenamos como los ángeles.



A las doce en punto dije adiós. Y partí a continuar con mi encargo. El Vía Crucis de las Siete Palabras tuvo la suerte de estar acompañado, de principio a fin, por una luna llena arrebatadora.



Disfruté de los silencios, de los tambores destemplados, de la solemnidad del recorrido por Las Cercas, de la entrada en El Mercado para ver a la Madre de las Tristezas, de los rezos, del aroma a incienso. En fin. Quizás fueran las tres horas mejores de ese día que, como todos los que suceden en Semana Santa se nos escapan de las manos como la misma agua...

Jueves Santo

Recuerdos de Agustín Nogal Villanueva

Buen día para un papón de acera

El despertador sonó. Me incorporé y me dispuse a comenzar el día, un tanto cansado y a la vez satisfecho. Lo primero, por el trabajo de montaje de los pasos para la procesión del Santo Entierro, tarea en la cual me involucro desde hace años. Lo segundo, porque dicho montaje se había finalizado satisfactoriamente, y los pasos estaban preparados para que culminara el adorno floral.

Una vez puesto en pie, miré por la ventana y la ilusión llenó mi corazón, como la luz del sol estaba colmatando la bóveda celeste. ¡El sol lucía! ¡No había nubes!

Con un programa de procesiones en el bolso, para poder en todo momento localizar el lugar por donde discurrirían los actos procesionales del día, salí de casa y puse rumbo hacia la calle Covadonga para ver, en ese lugar, la salida de la procesión de las Bienaventuranzas. Mientras caminaba, recordaba las veces que por allí la había visto salir, dado que en esa calle viví durante muchos años. Por los recuerdos de esa calle, y por haber salido varios años representando en esa procesión a la Cofradía de Angustias, siempre



me es muy agradable ver a "los azules" en sus desfiles procesionales, y no suelo perdérmelos.

Los preparativos en el patio del edificio Albéitar de la Universidad de León, antigua Escuela de Veterinaria, estaban finalizando y, enseguida, a la hora prevista,

a las 9 de la mañana, se puso en marcha el cortejo, bajo un sol radiante, por una calle con escaso número de personas observantes. Pensé: no madrugan muchos los papones de acera.

El cortejo se fue poniendo lentamente en marcha con los pasos de La Santa Cruz, Jesús Nazareno en una de las caídas, La Piedad, el Santo Cristo titular de la penitencial y la denominada Virgen de La Pasión, con la debida intercalación de secciones musicales.



Lo que más me llamó la atención fue la presencia de gente menuda desde primera hora, lo cual pude constatar así mismo, posteriormente en la finalización de la procesión. Y no me refiero a los portadores del paso de la Cruz, que ya tienen algo más de edad, o a los que llevan atributos, faroles u otros *achiperres*, o en filas normales, sino de la mano de sus padres mientras estos iban pujando. Esto de crear cantera está muy bien. Incluso los había que desfilaban cruz en mano, que hoy en día es algo bastante perdido. Son los que en el futuro se pueden incorporar.

Disfruté mucho con esa visión. La ilusión, el gusanillo en el cuerpo se debe introducir desde pequeño. Ello me hizo sentirme muy cerca anímicamente de esos cofrades de negro y celeste.

Seguí un rato el cortejo, hasta el jardín de San Francisco y, cuando finalizó, realicé la primera visita del día a Santa Nonia, a observar cómo se desarrollaban allí las cosas, antes de que comenzara la algarabía de la Saca. Es un momento muy tranquilo, y que te permite observar muchos pequeños detalles.



Tras un café mañanero, para entonar el cuerpo, incluido chorro de tapa, entretuve el tiempo observando esas exposiciones de objetos de *merchandising* que siempre resultan interesantes por la variedad de los mismos, a veces no carentes de cierta inventiva, hasta que llegara la hora del siguiente acto que aparecía en el programa, aunque me perdí el acto del Sermón de las Bienaventuranzas ante la catedral. El suceso era el



Pregón a caballo de la Cofradía de las Siete Palabras de Jesús en la Cruz, con hora de comienzo a las 12:30.

Desde la plaza de San Marcelo, plaza de Las Palomas para los más antiguos y castizos, pude observar el citado acto, entre una multitud que llenaba la plaza.

Desde el balcón del Ayuntamiento, la autoridad municipal se dirigía a los concurrentes indicando que autorizaba el evento. Tras ello tuvo lugar la lectura del pregón.

Realizada la alocución, un cortejo a caballo, envuelto en el peculiar ruido de los cascos de los equinos contra el asfalto, acompañado de un conjunto de la Banda de Música de la Cofradía, comenzaba un recorrido que les llevaría a otras plazas de la ciudad y a otros balcones donde notificar su pregón. La participación de los caballos da gran vistosidad, y resulta muy curioso percatarse de la presencia



de carritos de la limpieza tras el cortejo, para poder retirar las inmundicias de los animales y no molestar a viandantes. ¡Que no se diga que León no es una ciudad limpia!



Para finalizar la mañana volví a ver a la cofradía de la Bienaventuranza, pues ya he citado mi afición a observarla, en la recogida en la trasera del Instituto Juan del Enzina, calle Ruiz de Salazar. Pude observar como el calor había hecho mella en los participantes. Ello es mejor, indudablemente, que ver las caras de desasosiego por la lluvia. Ello me hizo meditar en que con esa

temperatura la tarde iba a ser calurosa, pero mis pensamientos iban más allá, al Viernes Santo, intuyendo que el día iba a ser muy duro.

Antes de ir a comer, como aperitivo, unas limonadas con la familia y los amigos, que los bares son parte de la Semana Santa, aunque muchos de sus propietarios no lo reconozcan y no la favorezcan.



Tras una reconciliadora siesta acompañé a mi hija hasta la entrada del patio de los Capuchinos para que se incorporase a la procesión de *las Marías*, labor de padre papón que realicé encantado.

Salida a las 19:30 de la procesión de María al Pie de la Cruz, Camino de la Esperanza, de la cofradía de María del Dulce Nombre, esa hermandad femenina que ha tenido gran calado en la semana santa leonesa. Sus pasos: Jesús consuela a las mujeres, La Cruz gloriosa, esa reproducción de la hermosa Virgen del Camino y el paso de palio de María del Dulce Nombre.

El desfile iba muy ordenado y bien secuenciado. Y el orgullo me desbordó cuando observé que mi hija había cogido brazo. ¡Jactancia y vanidad de padre! Obviamente ello conllevó que siguiera en varios lugares más esta procesión de tan buenas paponas leonesas.



Pero tuve tiempo de ir a ver la exposición de los pasos en Santa Nonia, ¡como si no los conociera!, y, como no caben todos en su interior, dispuestos también en carpa y cochera. Resulta una visita obligada a cualquier papón de León, cualquiera que sea su clase y color.



Y esa visita entronca con la que era tradicional visita a los "Monumentos" que se ponían en las iglesias. En recuerdo acostumbro a realizar en ese día varias inspecciones de revista.

No faltó en ese año la correspondiente a la iglesia de El Mercado, para ver a la que sin duda



es la auténtica patrona de la ciudad, la Virgen del Camino, la antigua, a la que de joven en reiteradas ocasiones pujé.

Cumplimenté en la iglesia de las Concepciones, que es, además de atractiva y encantadora, limpia y hace respirar un aroma a recio espíritu de monja. No olvidé visitar

también la sede de la cofradía de Minerva y la carpa con los pasos de Las Siete Palabras.

En la plaza de Santo Domingo alcanzamos la procesión de la Sagrada Cena, de la Hermandad de Santa Marta, que en su día supuso en la Semana Santa leonesa una revolución por su blanca túnica. Un escenario abierto y amplio que posibilita ver en su magnitud los pasos que lleva la comitiva: la Unción de Betania, la Casa de Betania, el Lavatorio y el espectacular de la Sagrada Cena, que es un orgullo para los leoneses y la envidia, aunque sea sana, de muchos de fuera, por su monumentalidad y gran fuerza expresiva.



La sección de las "samaritanas" es francamente vistosa y simpática y la de manolas llama la atención, pues en principio parece más propia de procesiones con pasos de cristos sangrantes y vírgenes dolientes, pero iba además perfectamente ordenada con su seise al frente.



Un café de reposo, espera y descanso, con mi mujer y unos amigos y hacer algo de tiempo para ver

pasar, ya con la noche entrada, en la plaza de la Catedral, María del Dulce Nombre, y ver entrar la procesión de la Despedida de la cofradía del Cristo del Gran Poder.

En tan solemne escenario y con tan espectacular fondo se escenificaría con los pasos del Cristo titular y de la Virgen del Gran

Poder la referida despedida, mientras los otros dos pasos del cortejo, los Apóstoles, y Marta y María, formaban como espectadores y eran "bailados", más que mecidos, al ritmo de agrupación musical. El acto era seguido por una gran cantidad de personas, al igual que en ese día el resto de procesiones, pues el tiempo invitaba a disfrutar de la calle y a observar todo lo que tenía lugar.



Volví a bajar a Santo Domingo para observar de nuevo la procesión de la Cena, en el mismo marco pero con iluminación diferente, pues el sol ya no iluminaba y se había apagado por ese día. Seguí admirando a ese hermoso Jesús que comparte cena con sus apóstoles, incluso con el que iba a traicionarle, instituyendo la Eucaristía.

Seguí admirando a ese hermoso Jesús que comparte cena con sus apóstoles, incluso con el que iba a traicionarle, instituyendo la Eucaristía.

Había cierta "prisa" por esa especie de "encaje de bolillos" de tiempos de desfile que hay que efectuar al discurrir en ese día varias procesiones por los mismos lugares, y tener que retirarse la Cena con tiempo suficiente para evitar el encuentro no deseado con ese desfile pagano que avergüenza hoy en día a los leoneses, por haberse transformado en un "botellón" monumental.



Tras ello, un recorrido apresurado, de esos que dan los atajadores de las procesiones para verlas en diferentes lugares y momentos. Así conseguí alcanzar la Procesión de las Tinieblas y Santo Cristo de las Injurias cuando, desde San Isidoro, efectuaba su entrada en la calle de los Descalzos. Fui adelantando el cortejo hasta el rincón del Corral de San Guisán, que

debiera ser mítico para los leoneses, donde el 7 de julio de 1810 fueron arrinconadas y aniquiladas las tropas que atacaron la ciudad de León, a pesar de la fuerte guarnición que había acantonada, marcando una jornada de gloria y luto.

Allí, en una calle semidesierta y llena de silencio, solo interrumpido por el ruido de las horquetas y ecos de la banda de San Andrés, pude vislumbrar una puesta en escena muy diferente al de otras procesiones. Un nazareno de túnica blanca, tan diferente al que yo pujo, pero que es representación del mismo Cristo a quien adoro. Una Virgen de luto riguroso, cual si fuera Soledad, aunque se titule del Mayor Dolor, llevada con una sencillez elegante y admirable. Unas túnicas tan diferentes a las de otras cofradías de la ciudad.

Volví a adelantar el cortejo por la calle Serranos, eje del barrio de Santa Marina, para ver la recogida en el patio del Colegio Leonés. Allí se depositaron los pasos mientras los hermanos se dirigían al interior del antiguo templo de jesuitas, hoy parroquia de Santa Marina, para participar en el acto del Enclavamiento de Cristo. Dicha ceremonia no pude observarla pues, un año más, se me impidió el acceso al templo por la intimidad que se quiere dar al acto.

El día se había terminado, y con ello mis recuerdos del mismo, pues aunque en diversos programas se anuncia La Ronda como a las 24 horas del jueves, ello no es verdad. La Ronda de la cofradía del Dulce Nombre de Jesús Nazareno comienza tras darse las campanadas de las doce de la noche, por lo cual ya es madrugada del Viernes Santo. Y eso ya es otro día, y algo que me evoca hondos sentimientos, pues recuerdo a quien entonaba, tras un breve carraspeo, eso de "Levantaos hermanitos de Jesús, que ya es hora", a mi padre, que me hizo papón, y no de acera, llevándome de su mano en 1960 en la procesión.



En resumen, como indica el titular de inicio: buen día para un papón de acera.

Viernes Santo

Recuerdos de Luis Arteaga Castro

Túnica y sentimiento

La Semana Santa de León es única, porque esta tierra es única. Única como la túnica y el sentimiento de los papones que desfilan en cada una de las procesiones que durante todos los días de Semana Santa recorren las calles de nuestra ciudad. La única semana del año que dura diez días. Pero en esta tierra, la túnica y el sentimiento se heredan.

Y yo heredé la túnica, blanca con fajín y capirote granate, mi primera túnica, cuando aún era un niño, prestada por un familiar para salir por primera vez, un Jueves Santo, en la procesión de la Sagrada Cena. Hasta el año siguiente que me hicieron una nueva.



Y yo heredé el sentimiento de mis mayores cuando, siendo niño, desde el Viernes de Dolores, de la mano de ellos, recorría las calles estrechas del viejo barrio del Mercado alum-

brando a la Morenica, hasta el Domingo de Resurrección en que, inmóvil en la plaza de Regla veía el Encuentro de Jesús Resucitado con su Madre, mientras cientos de palomas volaban el cielo leonés al son del Himno de la Alegría.

Recuerdos y sentimientos plasmados en las primeras fotografías que guardo en mi álbum personal, el Domingo de Ramos, en la plaza de Botines con la palma en la mano.

Pero, así, como mi sentimiento es de toda la Semana Santa, la cual vivo todos y cada uno de los actos intensamente, la túnica solo es la de mi Hermandad.

Soy papón de acera y de desfile. De desfile, dentro de mi procesión, y de acera, viendo el resto de todas y cada una de las procesiones de la Semana Santa de León.



Por eso el Viernes Santo, para este papón no empieza cuando los primeros rayos de ese tibio sol de primavera leonés se dejan ver por la lomas de la Candamia, ni cuando las puertas de la capilla de Santa Nonia se abren, ni cuando una marea de papones de túnica negra deambulan por la plaza de San Francisco.

Para este papón, la tarde-noche del Jueves Santo termina muy tarde. Tan tarde como para que antes de retirarme para casa a descansar, aún llego a ver la Ronda, esa que tiene lugar antes del alba, en la madrugada del Viernes Santo Leonés, con esquila, clarín y tambor, enlutados en sus respectivas túnicas, recorren las rúas legionenses entonando su ya célebre y lastimero "levantaos hermanitos de Jesús, que ya es hora". La Ronda que no descansa, que durante toda la noche recorrerá la vetusta orbe, llamando una y otra vez a la vigilia, con el llanto amargo del clarín hecho oración; tres sombras enlutadas, que con la luna llena como única compañía, romperán el silencio de la madrugada, anunciando la traición al Hijo del Hombre.

Y, mientras tanto, este papón descansará, después de haber acompañado, en la tarde-noche anterior del Jueves Santo, a Jesús y a sus Discípulos, en representación de la Sagrada Cena, por las céntricas calles de nuestra ciudad, pórtico de la Pasión que el Viernes Santo acaecerá.

Pero... amanece Viernes Santo... y como día culmen e intenso de la Semana Santa leonesa, hoy este papón de acera va a vivir a pie de calle más intensamente las horas de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo.

Para eso, a media mañana voy, como ya es tradición en mí, a la calle Burgo Nuevo, para ver pasar la Procesión de los Pasos que organiza la Cofradía del Dulce Nombre de Jesús Nazareno, una vez reanudada

tras el descanso en San Isidoro y camino ya de su sede en la capilla de Santa Nonia.

Ya llega la procesión, con la Ronda abriendo el cortejo y a continuación la Cruz de guía, que con el sonido de las bandas musicales hace rasear el paso de los braceros, sobre cuyos hombros descansan las varas de los trece tronos que están a punto de pasar. Cada uno de ellos precedido por la bandera con su símbolo representativo y escoltado marcialmente; siguiendo su paso un cortejo de manolas.

En primer lugar llega el conjunto escultórico de la Oración en el Huerto, obra del imaginero cántabro Víctor de los Ríos. Esta agonía en Getsemaní nos muestra a Cristo orando, con una mirada profunda y cansada, suplicante al Padre, con la rodilla izquierda clavada en el suelo mientras estira el brazo hacia el olivo, donde un ángel le reconforta y ofrece el cáliz de la amargura.

El segundo paso, el Prendimiento, representa la traición de Judas. Éste había dicho: "Aquel que yo besara, ese es". Este paso se articula en dos planos: en el plano superior se muestra a Cristo, con un aspecto sereno mientras que en su mirada se plasma la tensión del pasaje evangélico. A su izquierda, Judas se dispone a consumar la traición, pronunciando el saludo de: "Salve, Maestro" y, a continuación, estampar un beso en su mejilla. A la derecha de Cristo se halla un Pedro enjuto de carnes y semblante desolado, dispuesto a impedir el prendimiento del Mesías. En el plano inferior, otras tres figuras completan la escena. Dos soldados que escoltan a un sumo sacerdote con las espadas desenvainadas. En el centro de este segundo grupo, el referido sacerdote señalando a Cristo e indicando a quien deben apresar.



A continuación, la Flagelación, la obra más antigua que posee la cofradía, representa a Cristo atado a la columna, con un gallo en el alto de la misma, dos sayones azotando con fuste en la mano y un soldado atento y vigilante.

La Coronación de espinas, obra de Higinio Vázquez, representa el momento en que Cristo es coronado como Rey, entre la burla y el escarnio de la soldadesca romana que presenciaba dicho acto.

Ecce Homo, conjunto que nos muestra a Pilatos presentando al pueblo a su Rey, coronado de espinas y con manto de loco.

El Nazareno, paso que consta de dos efigies, Jesús Nazareno y el Cirineo. El primero, titular de la Cofradía, ignorando su origen, quizás de la Escuela castellana, muy de la línea de Gregorio Fernández. El sentimiento que esta imagen despierta cuando pasa por las calles de León es inexpresable. Es escoltado por la Guardia Civil con su uniforme de gala.

A continuación la Verónica, el verdadero icono del rostro de Cristo, como nos ha llegado de la tradición; la mujer que con gran alegría se acercó al Salvador para enjugarle su Divina Faz.

El Expolio. A este paso también se le conoce popularmente como *El torero*, debido a que entre sus manos llevaba antiguamente un paño blanco, símbolo del expolio, y por la posición que adoptaba simulaba a un torero citando a un toro.



El último paso que ha adquirido hasta ahora la Cofradía, la Exaltación, que representa el momento en que Cristo es elevado en la Cruz, en presencia de un soldado romano que de este modo certifica la condena a muerte en la Cruz. Dos sayones tiran de la soga para izar la Cruz, mientras un tercero mete el hombro para equilibrar el madero de tortura.

La Crucifixión, obra anónima, presenta a Cristo ya clavado en la Cruz, pero aún vivo, dirigiendo una súplica al Padre, a la vez que contemplan la escena María, su Madre, San Juan, el apóstol preferido y María Magdalena.

Santo Cristo de la Agonía, talla del leonés Laureano Villanueva, realizada totalmente a golpe de gubia, en madera de abedul. Cristo muerto, sin adornos alegóricos, con una actitud serena. Quizás por esta simplificación y este realismo natural de la muerte, la figura es mucho más espiritual.

San Juan, obra también del escultor Víctor de los Ríos, con el que recibiría el Premio Nacional de Escultura en el año 1946. Esta imagen tiene un papel destacado en el Encuentro en la mañana de este día, donde se "arrodillará" ante la Madre, con la mirada atenta de miles de leoneses que se agolpan en la plaza Mayor.



Madre Dolorosa, igual que el anterior, obra de Víctor de los Ríos. Majestuosa siempre en su dolor, descubierta la Madre Dolorosa, cerrando el cortejo de la humillación, tornado en salvación, de su Hijo amado. Virgen bajo palio, único en España, que se utiliza para cubrir el dolor de una Virgen, de la Dolorosa.

Todo se mueve, como si cobrara vida, al son de los tambores y cornetas de las diferentes bandas de música que acompañan a Jesús en su Vía Crucis.

Y una vez pasada la representación de las dieciséis cofradías y hermandades de la Semana Santa de León, una vez saludado al de la mía con el tradicional "buena procesión", con el bullicio de la gente que nos agolpábamos a ambos lados de la procesión, me dispongo con toda mi familia, a tomar unas limonadas, como es preceptivo y de rigor en estos días, antes de irnos para casa a comer... bacalao, como ya es tradición en este día.

Después de descansar un poco, el día no da tiempo para mucho más, porque en la primera hora de la tarde, la hora sexta, León será el Gólgota mismo, donde la sangre redentora signe el perdón divino, cuando Jesús pronuncie las Siete Palabras antes de morir en la Cruz. Sermón de las Siete Palabras, que la cofradía del mismo nombre organiza cada año este día.

En sus inicios, según dicen –no tengo recuerdo de ello–, en San Isidoro, luego fue trasladado, en aras de una mayor capacidad, a la plaza de Botines –eso sí lo recuerdo de niño–; impresionante el



gentío y el sentimiento ante tal acto. Actualmente, para poder garantizar su celebración anualmente, debido a la irregular climatología de este León nuestro, lo han trasladado al interior de la iglesia de San Marcelo.

Y, ya en la avenida Gran Vía San Marcos, en el tramo que va desde la plaza de la Inmaculada hasta la plaza de Santo Domingo, me dispongo a ver pasar el cortejo de estos papones con túnica de terciopelo sangre, con cingulo negro, capa negra de raso con vistas blancas y capillo y guantes de lanilla blanca, y zapato negro. La razón de tales colores ha de buscarse en un pretendido contenido simbólico.

Y, ya en la avenida Gran Vía San Marcos, en el tramo que va desde la

El rojo representa la sangre martirial del Señor, derramada en la Pasión y, el negro, el luto que se extiende a su Muerte; el blanco, que atraviesa enteramente su indumentaria procesional del cofrade, de la cabeza a los pies, la esperanza cierta en una Resurrección que rasga las tinieblas y transforma en vida la muerte. Los hermanos de filas portan, además, cruz penitencial de madera de color avellana y forma octogonal, del mismo tamaño.

Abre la Procesión de las Siete Palabras la Sección de Caballería de la cofradía, vestidos de túnica y montados a caballo, que en la mañana del día anterior ha llevado a cabo el Pregón del Sermón y de la Procesión de las Siete Palabras.

En la actualidad, la cofradía cuenta con seis pasos, aunque sigue siendo una aspiración desde sus comienzos, llegar a poseer un paso que represente cada una de las Siete Palabras de Jesús en la Cruz.

La Primera Palabra, "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen" que, a la espera de un grupo escultórico, solo está representada por su guion, con dicho texto bordado en el anverso.

La Segunda Palabra, "En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el Paraíso", paso conocido como las Tres Cruces, primer paso de la cofradía, adquirido apenas dos años después de su fundación, el cual, debido a su tamaño y características, procesiona sobre una carroza a ruedas y empujada desde fuera por hermanos de la cofradía.

La Tercera Palabra, "Mujer, he ahí a tu hijo; hijo, he ahí a tu madre", que incluye junto al Crucificado, las imágenes de la Santísima Virgen María y de San Juan, tallas sin policromar, sobre una carroza también a ruedas.

La Cuarta Palabra, "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?", sobre trono de caobina de brasil, pujado a hombros, hermosa talla del Cristo bajo la advocación de Santísimo Cristo del Desamparo y Buen Amor, completando el grupo escultórico con tres figuras más: María Magdalena y dos soldados romanos en el momento de jugarse la túnica del Señor.



La Quinta Palabra, "Tengo Sed", grupo escultórico que consta, además de la imagen del Crucificado, de un soldado romano que le acerca una caña con una esponja empapada, y de dos sanedritas en despectiva actitud de burla. Este año, por problemas ajenos a la junta de seises de la cofradía, tuvo que volver a la carpa de partida, nada más salir. Por ello, en el momento de ver la procesión solo desfila su guion y un grupo de braceros... ¡qué pena!

La Sexta Palabra, "Todo se ha consumado", hasta ahora el último estreno de esta cofradía, en la que María y María Magdalena se encuentran al pie de la Cruz ante un Cristo a punto de expirar.

Y cerrando la procesión, el Titular de la Cofradía, la Séptima Palabra, "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu", copia al punto del Cristo de los Balderas, original de Gregorio Fernández, actualmente en la capilla de la iglesia de San Marcelo, obra del escultor leonés Amado Fernández.

Es de destacar también en esta Procesión, la sección de manolas, que además de desfilar en ella, están siempre presentes en todos los actos de la cofradía.

También es de reseñar la banda de música de la cofradía, que acompaña a su paso titular. Primera banda de música que procesionó



en la Semana Santa Leonesa, en un principio acogida con cierto escepticismo por separarse de la tradicional banda de cornetas y tambores al uso en nuestra ciudad, pero que poco a poco ha ido calando en el mundo semanatero leonés.

Y ya, en la noche de este día, la Solemne Procesión del Santo Entierro, que con la Concordia de 1830, este año par, sale a la calle de la mano de la Cofradía de Nuestra Señora de las Angustias y Soledad.

Pero para verla bien y mejor, me acerco a la calle del Cid, y me coloco de frente a la antigua muralla, una vez que el cortejo ha reanudado la marcha, después del descanso en San Isidoro, y una vez entrada la corporación municipal a pujar.

Túnicas otra vez negras, como esta mañana, pero ahora, en vez de llevar sobre su pecho una corona bordada en color morado, prenden un corazón atravesado por dos espadas bordado en oro.

Después de la Cruz de guía, llega el paso de los Atributos, tallado por Santos de la Hera.

A continuación el majestuoso paso de la Lanzada, pujado por mujeres de la cofradía.

Tras ellos, el Santo Cristo, impresionante talla de la escuela castellana del siglo XVI, sobre su imponente trono de los hermanos Martín Díaz, en madera y plata.

Seguidamente pasa la Virgen de las Angustias, quizás, bajo mi modesta opinión de papón de acera, el paso mejor pujado de la Semana Santa de León.

El Camino del Sepulcro, otro legado del escultor cántabro Víctor de los Ríos, en nuestra ciudad.

La Consolación de María, en doloroso trance, ya sin el fruto de su vientre, sedente al pie de la Cruz. Pujada también por braceras de la cofradía.

Cristo Yacente, de Ángel Estrada, sobre un espectacular trono, de nuevo, una vez más, obra de Víctor de los Ríos.

La Urna, con talla de Juan de Juni y urna de Casa Gago.

San Juan, también de Francisco Javier Santos de la Hera.



Y, por último, Nuestra Señora de la Soledad, imagen de finales del siglo XVIII o inicio del XIX, desfilando bajo palio, todo ello al son de la música de la Agrupación Musical de la Cofradía de Nuestra Señora de las Angustias y Soledad, la primera con este estilo musical en nuestra ciudad.

Pero antes de acabar el día, antes de que a la Soledad de Angustias le toque la banda de su cofradía el Himno Nacional, señal de que la procesión ha acabado, antes quedará un poco de tiempo para dar una vuelta por el Barrio Húmedo de esta capital del antiguo reino, para tomar unas limonadas y, sobre todo, para encontrarte con algún conocido; esas personas que, por circunstancias de la vida, ahora residen fuera de León, pero que, como cada año, como cada Semana Santa, vuelven a su tierra, a esta tierra, cuna de reyes, que un día les vio nacer.

Y así acaba este Viernes Santo para este papón, hoy de acera, ayer de túnica.

Y así acaba este Viernes Santo para este papón, hoy de acera, ayer de túnica.

Sábado Santo

Recuerdos de Emilio Campomanes

El Sábado Santo es el día de la gran resaca de emociones de los días álgidos de la Semana Santa. Siempre ha sido un día algo triste para mí. Marca el declinar de la semana y el aviso de su final. El papón se encuentra tan abatido como otro discípulo de Jesús, tras confirmar que habían quedado huérfanos de su maestro. Quizá impactados por las escenas vividas de su Pasión, aunque el impacto del papón sea muy diferente ya que sabe el final de la tragedia, pero al papón aún le quedará un largo año de espera para otra efímera semana en su vida.

Este Sábado Santo volvimos a recordar años pasados. Volvimos a mirar al cielo pendientes del tiempo, volvimos a mirar las idas y venidas de nubes cargadas, vientos y consultar pronósticos meteorológicos. Los días anteriores de excepcional tiempo, ahora parecieron solo un sueño agradable.



A las 16:45 h. salió la cofradía del Desenclavo, otra cofradía acostumbrada a los sinsabores de la lluvia. Pero salió, como digo, en una tarde aún calurosa, recelosa y abreviando la procesión, para cumplir con el acto del desenclavo, por un año libre de lluvia, ante la portada de San Isidoro.

Otro de los momentos mágicos, sin duda. Momento de silencio espeso, ecos de golpes de hierro rebotando en la piedra isidoriana, para finalmente desenclavar a Cristo y depositarle en su sepulcro.

Aunque narrativamente está fuera de lugar en este día, siempre me ha parecido de justicia su regreso a la Semana Santa leonesa. De hecho, el desenclavo se hizo en su momento en la tarde-noche del Viernes Santo, como es de rigor; sin embargo, fue un acto que se perdió o

simplemente dejó de hacerse y se olvidó, aunque en otras localidades de la provincia se mantuvo.

Ya a de vuelta a casa, la lluvia empezó a aparecer. Gruesos goterones que hicieron apretar el paso a los hermanos del Desenclavo para entrar bajo un chaparrón en el patio del Colegio Leonés. Y a partir de ahí, la tarde se hizo agua, o como se dice en León, "se cerró".

Hacia las 19:00 h., en la plaza de la Catedral los hermanos de la cofradía del Santo Sepulcro ocupaban soportales y el interior del templo. Incrédulos de su mala suerte. Llovía sin piedad, y no parecía que fuese a parar. La agrupación musical de la cofradía había sufrido con dureza los rigores del calor el día anterior, invitada a los cortejos, y acusado las altas temperaturas que alcanzaron los 30 °C. En cambio, este sábado se veían abocados a mirar cómo la lluvia, de nuevo, acababa con la esperanza de su procesión.



La agonía fue breve. La junta de freires del Sepulcro no prolongó demasiado la espera a sus hermanos. Los pronósticos eran obvios. Un acto en la Catedral y... hasta el año que viene.

Poco más o menos, al mismo tiempo, en la iglesia de Jesús Divino Obrero, la hermandad del mismo nombre también decidió no prolongar demasiado la espera a

sus hermanos. Se suspendía prácticamente sin esperas. Sus esperanzas quedaban puestas a la mañana siguiente, con mejores pronósticos, en su procesión de la Resurrección y en su Encuentro.

La Semana Santa había sido tan veraniega que, por un momento, nos creímos a salvo de los rigores primaverales.

Domingo de Resurrección

Recuerdos de Manuel T. González Medina

The end



This is the end.
My only friend, the end.

Que los años no pasan en balde es algo sabido por todos, y ya desde hace algunos años, el que suscribe llega al Domingo de Resurrección... pues muerto (valga la expresión).

Atrás quedaron los madrugones en este día para acompañar a los hermanos del Obrero hasta la Catedral, atrás quedaron Encuentros, sueltas de palomas, "leoneses, ¡Cristo ha resucitado!", misas y desayunos en buena compañía. Lo siento pero, como he dicho, llego desfondado, y eso que el Sábado Santo se puede dormir la mañana casi completa.

Últimamente llego a ver la procesión con Ana y los *enanos* a la calle del Cid. El parque y San Isidoro al fondo conforman un marco precioso que llenan los hermanos del barrio de El Ejido. A estas alturas de la mañana es todo alegría; Cristo ya ha resucitado, y eso se nota en los rostros cansados, pero alegres, de los paponos que llenan las nutridas filas, unas filas que, sin prisa pero sin pausa, van marcando el final del sueño *paponil*, el final de la Semana Santa.



Siempre te encuentras con caras amables, conocidas y amigas que, a parte de su sonrisa, saludo y complicidad, te obsequian con una postal de recuerdo de la procesión. Bonito gesto entre papones, unos ya con la túnica colgada en el armario, y otros, a punto de colgarla; postales que irán a engrosar, como tantas otras, el rincón de los recuerdos de cada procesión, de cada año. Siempre igual pero siempre diferente...



Una vez que el cortejo abandona el Cid, para comenzar su vuelta a casa subiendo Ancha, es vital tomar una limonada (que será de las últimas del año), y buscar la Plaza Mayor. Una estampa para guardar en la retina durante el largo año que está por venir es

ver como se pierde la procesión bajando Puerta Sol, adentrándose en las entrañas de su barrio. Ver la espalda a Cristo Resucitado entrando en El Ejido y cerrando todas las representaciones de las cofradías y hermandades.

Y así, como tantos años hace ya, y versionando a The Doors, *este es el final. Mi único amigo, el final.*